



Instituto Universitario de
Investigación en Filosofía
Edith Stein
Universidad Católica de Valencia
San Vicente Mártir



Escuela de
Filosofía
del Ateneo

FILÓPOLIS V LECTURAS DE FILOSOFÍA POLÍTICA

Director: Prof. Dr. Antonio Lastra. Secretaria: Esmeralda Balaguer García

4 Aproximación a Leo Baeck

Ponente: Juan Agustín Blasco Carbó
29 de abril de 2020, 19 h.

Inscripción en el Webinar:

https://zoom.us/meeting/register/tJwlcuutrDouGdFXwhuv_n6LzpyB2Ly8Qufa

Aproximación a Leo Baeck

Leo Baeck nació en Lissa (Leszno, Polonia) el 23 de mayo de 1873, hijo del rabino Samuel Bäck. Comenzó su educación en el Seminario Teológico Judío de Breslau, de tendencia conservadora en 1894. Se trasladó a Berlín donde estudió con Wilhelm Dilthey, que dirigiría su tesis sobre Spinoza. Compaginó sus estudios universitarios con la asistencia a la *Hochschule für die Wissenschaft des Judentums* (Instituto Superior de Estudios Judaicos). En 1905 publicó *La esencia del judaísmo*, en respuesta a *La esencia del cristianismo* de Adolf von Harnack, defendiendo la vigencia del judaísmo con una perspectiva neo-kantiana. Ejercerá como rabino de campo durante la primera Guerra Mundial en el Ejército Imperial Alemán. Elegido en 1933 presidente de la Comunidad Judía Alemana (*Reichsvertretung der Deutschen Juden*), coincidiendo con la llegada al poder de los nazis, hizo lo posible por defender a su comunidad frente al acoso de la legislación antisemita, ayudando al mismo tiempo a mantener su dignidad, colaborando con la salida de Alemania del mayor número de personas posible. La Comunidad Judía Alemana, reconvertida en *Reichvereiniung*, siguió actuando hasta 1942. Baeck empezó a escribir *Este Pueblo Israel: El significado de la existencia judía* en esa fecha y continuó hasta su deportación en 1943, también en el campo de Terezin. Lo concluyó en Londres tres días antes de su muerte el 2 de noviembre de 1956, en casa de su hija. Muchos lo consideran el fundador del judaísmo moderno.

Bibliografía

- LEO BAECK, *La esencia del judaísmo*, trad. de N. Rosemblat, Paidós, Buenos Aires, 1964.
- , *Este pueblo Israel: el significado de la existencia judía*, trad. de J. A. Blasco Carbó, MS Publishers, Wrocław, 2019.
- JUAN AGUSTÍN BLASCO CARBÓ, *Rabino Leo Baeck*, Drassanes, Valencia, 2016.
- MAURICE-RUBEN HAYOUN, *Leo Baeck. Conscience du judaïsme moderne*, Armand Collin, París, 2011.
- WALDTRAUT LEWIN, *Leo Baeck. Geschichte eines deutschen Juden*, Gütersloher Verlagshaus, München, 2012.

Texto 1 *La esencia del judaísmo*, p. 33.

Y de este continuo renacer, con sus poderes de regeneración espiritual, surge el carácter histórico único del judaísmo y otra vez despertó y abrió los ojos. Cada una de sus épocas estuvo moldeada por una experiencia particular, a partir de la cual el judaísmo descubrió nuevos significados para dar forma a su vida espiritual. El anhelo de realizar el pensamiento y el mandamiento en la práctica hizo que los judíos profundizaran sin descanso en lo tradicional, pero, eventualmente, ese mismo anhelo los llevó también a escudriñar su propio espíritu... Solo en raras ocasiones, y durante períodos de transición, el judaísmo vivió su pasado religioso como una pesada carga... Pocas veces sintieron que su pasado religioso era un obstáculo para el presente... el judaísmo conservó su realidad viviente: se sintió siempre parte del presente

Texto 2 *La esencia del judaísmo*, p. 39.

Esta libre convicción de la conexión interna con Dios constituye la base ética única de las palabras de nuestros profetas, que siempre han sido esenciales para el judaísmo. Los profetas hablan no tanto de los que Dios es en sí mismo, como de lo que significa para el hombre, lo que significa para el mundo. Analizan menos la naturaleza de Dios, menos de lo que analizan la naturaleza del hombre. El libre albedrío, la responsabilidad y la conciencia, como principios de su experiencia espiritual, se dan tan por sentados como la existencia y la santidad de Dios... Para los profetas, conocer la naturaleza de Dios significa saber que es justo e incorruptible, que es misericordioso, compasivo y paciente, que pone a prueba el corazón del hombre, y que ha destinado el hombre para el bien. A través del conocimiento de Dios aprendemos qué debe ser el hombre, a través de lo divino se revela lo humano.

Texto 3 *La esencia del judaísmo*, p. 80.

El judaísmo aceptó también el mandato de salir al encuentro de toda la humanidad, la idea de misión esencia a una auténtica religión. Para el judaísmo, la misión no es parte de un impulso a crecer y conquistar poder, sino más bien la expresión de una necesidad interior de enseñar y convertir a los hombres. La idea de misión ya está presente en la idea de elección, según la cual la posesión de la verdad implica un deber hacia los demás... La idea de misión se tornó aún más profunda a través de la concepción de humanidad desarrollada por el judaísmo. Cuanto más claramente captaban los hombres en su religión el significado de toda vida, más imperativo se tornaba su deber de preparar el camino para esta verdad, invitando a todas las naciones de la tierra a compartirla. Dondequiera miraban, veían otros hombres; dondequiera escuchaban otras voces, oían en ellas la misma nota de búsqueda humana que había surgido en su propia alma. Y dondequiera escuchaban, oían la voz que por primera vez se había tornado audible en su propia conciencia, pronunciando la palabra de Dios para el hombre.

Texto 4 *La esencia del judaísmo*, pp. 102, 122.

Para el judaísmo la religión no consiste simplemente en reconocer la existencia de Dios. Solo poseemos la religión cuando sabemos que nuestra vida está ligada a algo eterno, cuando sentimos que estamos vinculados a Dios y que él es nuestro Dios. Y él es nuestro Dios, como afirma la conocida frase, si lo amamos, si a través de él encontramos nuestra confianza y humildad, nuestro valor y nuestra paz, si nos entregamos con nuestro ser más profundo a su revelación y su mandamiento... Así, pues, el rasgo esencial del judaísmo es la relación del hombre con Dios. Un elemento esencial en ella es la conciencia de ser creado... Si el sentimiento de haber sido creado por Dios es el primer sentimiento fundamental del judaísmo, entonces la conciencia de que el hombre tiene de su propio poder creador para hacer el bien es su segunda experiencia fundamental. Se efectúa una gran unificación. Al misterio se agrega lo explicado; al secreto de su origen, el camino que debe recorrer; a la realidad creada por Dios, la realidad que el hombre mismo debe crear; y a la certeza del secreto, la certeza del mandamiento. Si esa primera conciencia da al hombre su lugar en el universo, la

segunda lo eleva por sobre el universo y lo capacita para adquirir conocimiento del mundo que ha de pertenecerle.

Texto 5 *La esencia del judaísmo*, pp. 122-123.

Al servir verdaderamente al Dios Único, según afirma una antigua máxima, el hombre se convierte en “copartícipe de Dios con la obra de la creación”; prepara el reino de Dios; establece una morada para el Eterno... Los antiguos rabís crearon para ese mundo la expresión “el reino de Dios”. Es el reino de quien “hace de la voluntad de Dios su propia voluntad” al elegir a Dios; es el reino que no se puede alcanzar por meras razones de cuna u origen, sino solo a través de la voluntad humana; no es algo dado sino es algo que se debe alcanzar”.

Texto 6 *La esencia del judaísmo*, p. 131.

Este anhelo adquiere su tono vigoroso en la creencia de la realidad del bien. Toda voluntad creadora es, al mismo tiempo, fe en la realidad de aquello que constituye la meta de la voluntad; tal es la diferencia con el mero deseo. Quien vivencia como crear el bien, capta el bien como una realidad; aparece frente a él como la realidad permanente si se le revela como el mandamiento de Dios y si le fe del hombre creador surge de la profunda fe en el dios imperativo. El bien surge, pues, de la fuente incondicionada y del significado de toda existencia, y tiene como garantía su eternidad. Y con el bien entra en la vida humana lo real y lo definido; llega al hombre como el mandamiento de lo incondicionado, por lo tanto, como algo que está más allá de toda controversia y requiere la decisión del hombre: debe aceptar o rechazar; así como la ética y la religión están vinculadas en las raíces mismas, así también el mandamiento de Dios se convierte en el significado de la obligación ética del hombre. Aquí aparece la idea de imperativo categórico, de la responsabilidad categórica; la moral adquiere así el status de un principio categórico.

Texto 7 *La esencia del judaísmo*, p. 151.

De la fe en Dios surge nuestra fe en el hombre. Fuimos creados por Dios; vivimos a través de Dios y en él; pero lo hacemos como seres humanos libres e independientes llamados a la acción ética. Aquí el judaísmo se distingue de una religión panteísta de la salvación, así como de un mero misticismo, pues para ambos Dios está en todas las cosas y todo está en Dios. Para estas posturas religiosas, creador y creación son esencialmente una misma cosa.

Aunque el judaísmo ve al hombre libre e independiente, éste no está del todo separado de Dios y no meramente fuera de Él. Aquí su perspectiva puede distinguirse del deísmo “moralista” y del racionalismo, que solo conocen un dios distante fuera del alcance del corazón que busca, un dios que solo existe como idea. El judaísmo con todo no es ni una religión sin mandamiento ni una religión sin misterio... Antes bien, la fe judía en Dios está característicamente expresada en su insistencia en la unidad de esos dos mundos; de esa unidad puede surgir la fe en el hombre que es la creación de Dios.

Texto 8 *La esencia del judaísmo*, p. 159.

Y así vemos que aquí se revela la gran paradoja de la fe: el contraste entre nuestra significación y nuestra limitación, entre lo ideal de nuestra existencia y su realidad. Estamos llamados a lo más alto y, no obstante, nunca podremos alcanzarlo. Debemos creer siempre en nosotros mismos, pero nunca podemos hacerlo plenamente. Para expresar esta idea en términos conceptuales: el bien es inmanente, es la posesión y la fuerza de nuestra alma, pero también es trascendente, la interminable tarea de nuestra alma.

Texto 9 *La esencia del judaísmo*, p. 237.

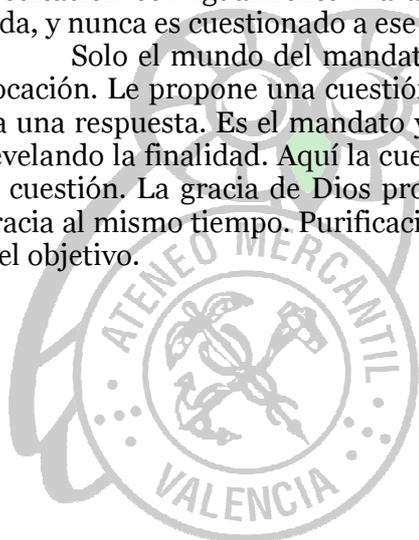
La existencia tiene tan solo un verdadero fundamento: justicia y moral. Tal fue la idea básica de los profetas. Un pueblo no puede existir sin una cierta medida de virtud, y en cuento una nación deja de satisfacer esa demanda esencial, parece

inevitablemente. Incluso el más grande de los poderes desaparece si descansa sobre el pecado y la impiedad. Y cuando Israel se torna falso para con su deber, los profetas no dejan de dar su veredicto contra él. Para los profetas todas las naciones se enfrentan al Dios justo que pronuncia una sentencia sobre ellas. “Y juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con equidad” (Sal. 98: 9). El poder del mundo es la moral, su ley es la justicia. Esa ley insiste en que todas las naciones que se fundan en la inmoralidad, el mal y la arrogancia deben derrumbarse sin excepción. Sólo el bien permanece. Esta es la Teodicea de la historia.

Texto 10 *Este pueblo Israel*, p. 162.

El hombre es un ser cósmico. Desde que piensa, y porque piensa, medita sobre ello. Su habitación, su desierto también ha sido establecido en la eternidad; no puede escapar de ello. Sus fronteras están establecidas sin límites: fronteras y sin fronteras al mismo tiempo son su existencia. Nacimiento y muerte, un principio y un fin se transforma en un lapso de tiempo y son la sola parte de una extensión que se expande al más allá de todas las distancias. Están dentro de un todo. Y el espíritu del hombre, que se eleva de un propio más allá, se mueve hacia fuera, hacia este todo. Penetra hacia una siempre nueva distancia y proximidad. Pero no le muestra ningún objetivo a él, cerca o lejos. Maravillosas cosas le cuenta ese todo, y por tanto su exploración y meditación son igualmente maravillosos. Pero no escucha nunca la respuesta de su vida, y nunca es cuestionado a ese nivel.

Solo el mundo del mandato y la gracia lo llaman hacia delante y proclaman su vocación. Le propone una cuestión y le ofrece una respuesta, le permite preguntar y le da una respuesta. Es el mandato y la promesa en uno, siempre mostrando el camino y revelando la finalidad. Aquí la cuestión es la respuesta, y cada respuesta también lanza la cuestión. La gracia de Dios proclama el mandato, y el mandato de Dios incluye Su gracia al mismo tiempo. Purificación, reconciliación y redención son siempre el camino y el objetivo.



Filosofía
del Ateneo